

CAPÍTULO XXIX

ESQUIVIAS.—LOS SALAZAR, LOS PALACIOS.

MIGUEL BUSCA Y ENCUENTRA NOVIA.—SE CASA.—MUERE

RODRIGO DE CERVANTES.—MIGUEL SALUDA Á LOPE Y LOPE
NO LE CONTESTA

Las márgenes del Tajo, en cuanto se sale de Aranjuez hacia Toledo, pierden el aderezo y abrigo de los árboles que refrescan y ensombrecen las aguas, y éstas vuelven á correr, abrasadas en estío, heladas en invierno, por enmedio de unos campos adustos, donde nada sonrío ni halaga la vista ni convida al descanso. La tierra, junto al río y en larga extensión á él ateniende, es honda y de mucha miga. Casi todo el año chirrian en las riberas las cantuérgranas de las azudas, que vierten el agua espumosa en los altos atalaques y la distribuyen y reparten por las eras, donde el regador, azadón en mano, deja sorber á la tierra, y después vuelve las tornas. Allí se crían los mejores melones y sandías que en el mundo existen. Siguiendo la orilla derecha, se empina en un cabezo cortado el famoso pueblo de Añover.

Trepáis por la cuestecilla y veis que el cabezo, ó que tal parecía, no es sino una llanura, ó mejor dicho, una serie de suaves ondulaciones amarillentas, manchadas aquí y allí por matojos de retamas, calvos cornijales de esparto y gollizos de aulagas. Domina la llanura una torre que desde muchas leguas se divisa: es el campanario de Illescas, una Giralda en pequeño, tan gallarda y elegante como la torre jacarandosa de Sevilla. Mas hay una diferencia absoluta. La Giralda de Illescas no ríe, antes parece, en

medio de la desolada grandeza de los campos, llorar por las palmeras ausentes y por los lejanos naranjales. Aquella torre es triste como un musulmán converso á viva fuerza.

Pero no es menester llegar á Illescas, villa noble y grave, donde reposó el espíritu enjuto del gran político Cisneros, galga en vuelta en manta de jerga, como le llamaba con exactitud admirable D. Francesillo, el bufón del Emperador. Antes de Illescas tropezamos con una loma, coronada por cierta ermita donde se venera, no se sabe por qué, á la virgen Santa Bárbara. Recostadas en la halda del morro, unas cuantas casas de labor se agrupan al lado de una vieja iglesia. Todas ellas son casas anchurosas, redundantes, envueltos los cuerpos en muchos refajos de tapias y zagalejos de bardazos, como envuelven las aldeanas de aquella tierra en sobrepuestas y cebollientas capas de bayetas de colores sus flacos cuerpecillos. Casi todas las casas tienen una gran puerta falsa cubierta con un tejazoz para entrada de carros, y una portada principal con entablamento de piedra más ó menos lujoso, y escudo encaramado orgullosamente entre el arco y el balcón saledizo. En los pisos principales alternan con los balcones, grandes rejas voladas de monástico aspecto, que engendran la sospecha maliciosa de escalamientos posibles.

En Esquivias hay mucha gente hidalga. El lugar es famoso por sus ilustres linajes, y más aún por sus ilustrísimos vinos. En primavera y verano templada y enlozanece la aridez de la campiña el pampanoso viñedo, si bien las cepas no son alegres parrones como los de Sicilia, Nápoles y Grecia, en donde los pámpanos envuelven los cuerpos de las vendimiadoras y acarician sus cabezas soleadas. Las cepas de Esquivias son cortas, cenceñas, achaparraditas, que apenas les llegan al tobillo á las vendimiadoras, y para coger la uva es menester agacharse, combar el cuerpo, doblar la raspa como para segar.

Además, no consentiría la severidad de los espíritus criados en aquella desolación, que hubiese cepas solas. La cepa es demasiado alegre, gusta de retozar, trabando amigable sus brazos de sarmientos con los de sus compañeras, como si fuese á emprender una danza desenfadada. Para corregir y moderar su bá-

quica alegría, se planta entre las cepas un olivar, y así ya tienen los alocados arbustos una tropa de austeros pedagogos, siempre verdes grisáceos, que son los olivos, los cuales, en doctoral pasividad, parecen aconsejar juicio y prevenir ascéticamente que la pompa y verdor de los pámpanos perecerá con los fríos hiales y la cepa, convertida en muñón, tiritará engurrufada y cárdena, pensando en la muerte.

Una familia de estos hombres serios y tristes que plantaban olivas entre las cepas, no por granjería, pues la experiencia dice que la oliva de majuelo prevalece poco y no tarda en morir, sino porque les molestaba el verdor juvenil de los pámpanos, es la familia de Doña Catalina de Salazar Palacios y Vozmediano. Los Salazares son gente de rancia hidalguía, que han vivido en Toledo; acaso proceden de una familia andaluza; de seguro, en Andalucía tienen parientes. Los Palacios son toledanos, vecindados en Esquivias desde muy antiguo; gente seria, ordenada y devota. Los varones, todos clérigos ó frailes; las hembras, muy mujeres de su casa, calladas, ahorrativas, madrugueras. Saben poco de amor unos y otros. No es tierra aquella de amores, ménos de amoríos; ni suelen oirse de noche otros cuchicheos que los de la perdiz en celo que besa y da pie en los sembrados de algarrobas y de alcarceñas.

Cuando Miguel va á Esquivias por primera vez, hondo pavor se apodera de su ánimo. No basta haber estado en la batalla naval, ni haberle visto tantas veces la cara á la muerte, para no temblar ante la tiesura y empaque de uno de estos caserones toledanos do viven estas familias solariegas, terribles en su hosquedad, como si el mundo entero no les importase nada.

Miguel es un pariente lejano de los Salazares. Ambos Salazares han muerto: Hernando, padre de Doña Catalina, y D. Francisco, su tío, que la educó muy bien, y la enseñó á escribir y á leer libros devotos, entre los cuales, tal vez, deslizó á hurtadillas alguno de caballerías. Quedan tiesos, enhiestos, duros é inoportables los Palacios: Catalina, viuda de Hernando de Salazar, una mujer de estas del pelo estirado y reluciente, de raya en medio, de higa en el moño, de justillo apretado, indiferente, asexual, y su hermano, el

clérigo Juan de Palacios, santo varón atento á la ganancia y supremo negocio del cielo, sin descuidar los de la tierra. Juan de Palacios es teniente cura de la iglesia de Santa María de la Asunción, parroquia de Esquivias; la patrona del pueblo es Santa Bárbara, que está en la ermita.

Esquivias es una villa del cabildo de Toledo, al que ha de pagar dos tributos irritantes: el *onzavo* por las fanegas de trigo y de cualquier otro cereal y el *alajor* que son tres *mais* y medio por cada aranzada de viña.

Es muy posible que los clérigos y gente influyente con el cabildo retrasen sus pagos ó los supriman sin peligro. El cabildo es rico aún y puede permitirse estas liberalidades. El cura Juan de Palacios se las arregla muy guapamente para redimir tales cargas, yendo con frecuencia á Toledo y nunca deja de llevar en sus viajes orza de arropo, olla de aceitunas aliñadas ó pichel de vino añejo. Los canónigos le estiman como á hombre de pró. Saben además que posee y cobra rentas de una casa de Toledo, contigua á Santa Ursula.

En la familia se nota la diferencia entre los Palacios y los Salazares. Los Palacios son tipos puros toledanos: el clérigo Juan ha criado y hecho á sus mañas á su sobrino Francisco de Palacios, después cuñado de Cervantes. Francisco de Palacios es también un clérigo administrador como cien que había y hay en Toledo. Con mano maestra los ha pintado nuestro gran Galdós.

Estos buenos presbíteros, fieles cumplidores de sus deberes eclesiásticos, tienen una devoción que va muy bien con la aritmética. Dios — piensan ellos — es el creador de todos los bienes del mundo. Nosotros, ministros del Altísimo, estamos aquí para administrar con pulso y conciencia esos bienes. Y lo hacen á las mil maravillas y en ello nada pierden. No se les hable á estos hombres de Teología, ni de otras puras especulaciones. La moral práctica es su única ciencia, cuyos preceptos se les ofrecen precisos, indiscutibles é invariables como la tabla de multiplicar: viven así felices.

Véase, como contraste, al otro hermano de doña Catalina: no ha querido tomar el apellido de Palacios, sino el paterno, y se llama

ma Antonio de Salazar. No ha querido ser clérigo administrador, sino fraile contemplativo. Ha despreciado la tabla de Pitágoras y se ha dado á la lectura de libros. Cuando su hermana Catalina otorga testamento, al acordarse dos veces de Fray Antonio de Salazar, le manda cantidades para que compre libros, y hay en esta manda suya una previsión afectuosa que enternece tanto cuanto molestan los legados hechos á la codicia del clérigo Francisco de Palacios.

¿Quién es, pues, esta doña Catalina de Salazar Palacios y Vozmediano, á quien Cervantes pretende por esposa? Téngase por cierto que no es una mujer fría, calculadora y atenta á los intereses mundanos, ni tampoco una devota á la usanza de su tiempo. Doña Catalina de Palacios es una doncella de diecinueve años, enterrada en un lugar triste, por donde jamás pasa la alegría. Como ella, hubo entonces y hay ahora en todos los pueblos de Castilla millares, millones de muchachas que en sus pechos martirizados por los justillos guardan corazones ardientes, á los que atormenta la espera de algo que no viene nunca en la mayoría de los casos. La energía femenil en España no se ha manifestado más que en las reinas ó en las monjas, pero ¡qué reinas y qué monjas hemos tenido! Pensemos en las innumerables almas femeninas fértiles y jóvenes que en esos secos pueblos de Castilla y de León y de Andalucía se han mustiado sin provecho ni amor para nadie y reconozcamos un grande error de nuestra historia y de nuestra educación, el cual no lleva trazas de ser corregido.

Doña Catalina es una de estas pobres muchachas que á los diecinueve años columbran y otean el panorama de la vida insípida y estólida que les aguarda. El caserón donde vive tiene una porción de aposentos y salas fríos en invierno, calentísimos en verano. Hay un estrado, con unas sillas de moscovia, un bufete, unos paños franceses de figuras muy traídos en las paredes, de donde cuelgan también una imagen de nuestra Señora con un niño Jesús de alabastro, puesta en su caja de nogal con molduras, otra imagen de Nuestra Señora de Loreto, de plata, puesta en tabla y otra imagen de San Francisco al óleo, sin duda uno de esos San Franciscos pardos y amarillos que hoy se achacan

sin vacilar al Greco, y que á centenares pintaron su hijo Jorge Manuel, Luis Tristán y otros discípulos.

En sendas mesas de pino de patas torneadas, tienden, aburridísimos, sus brazos dos niños Jesús, con sus ropitas y sus camisetas labradas. En el estrado y en todas las habitaciones de la casa se arrima á los muros innumerable familia de arcones, arcaces, arcas, arquetas y arquillas, cuáles forrados, cuáles claveteados, cuáles barreteados de hierro, y todos ó casi todos llenos de chucheries inservibles, de paños viejos, de apolillados pergaminos, de restos y rebojos de hierro que irán á la fragua para pagar al herrero las aguzaduras de las rejas en tiempo invernal, cuando la tierra se aterriona y gasta reja y reja sin medida.

Para el confort de los helados cuerpos en aquellas salas frías como páramos, hay un braserillo pequeño de azófar, que sólo se enciende los días de visita ó solemnidad familiar. En el suelo se ponen unas esteras de pleita, tejida en los temporales lluviosos por los gañanes y mozas de la casa. En las alcobas, inmensas y desamparadas, con un ventanillo de pie á la calle ó al corral por toda ventilación, se tiritan muy bien, bajo unas frazadas de lana de Sonseca, que ya sirvieron como capotes ó como mantas de mulas; pero la cama es muy señorial, de columnas, con su paño azul con rodapiés para cobertor y su cielo de angeo colorado: una cama hecha para morir con dignidad, como en los cuadros de historia. Por allí, ya se ve que el amor no anduvo nunca; y si intentó acercarse huyó, espantado y patidifuso, al ver la colcha azul y el cielo colorado de angeo.

Saliendo de las habitaciones vivideras, se recorren los inmensos corrales, á donde caen caballerizas, pajares, trojes y otros aposentos. En los corrales y establos picotean cuarenta y cinco gallinas. En un rincón de la cuadra cacarea por la noche, cantando las horas, un hermoso gallo relojero. En los pesebres masticulan paja corta, con muchos granzones y ligeros indicios de cebada, algunos cuartagos, mulas y burros de largo pelo. Como en toda casa regular, no falta el horno de pan cocer, un cuarto para la harina y el salvado, un cajón para la recentadura, una tabla para heñir, cedazos y cernederos: ni tampoco la alquitara

de cobre, la serpentina y el refrigerante para destilar los espíritus del vino: ni un lagar pequeño, con su viga de apretar y sus tinajones, tinajas, tinajitas y candiotos. Allí se elaboran los famosos vinos de Esquivias, vinos serios, tristes, alevosos, que enajenan los cerebros, ó dulzarrones y embocados que hacen arder los estómagos: el vino del hidalgo imaginativo, el del místico que piensa ascender al cielo, desvariando entre flatos y pirosis, con el estómago llameante y el hígado acorchado.

Todo esto y lo otro que se calla es hostil al poeta. Comienza en aquellos tiempos á formarse el duro bloque de la burguesía propietaria, en el que no han éntrado ni penetrarán nunca las ideas. Presentaos hoy en una casa burguesa de provincias ó de Madrid, sin más títulos que la gloria literaria incipiente: intentad por todos los medios ablandar la roca, y no lo conseguiréis. Considerad ahora la diferencia que va de tiempos á tiempos, y caeréis en la cuenta del trabajo que á Cervantes le costó llegar hasta donde se proponía.

Los Palacios ¿qué sabían de novelas, de comedias ni de proyectos, á su ver poco inteligibles y disparatados, que Miguel traía en el magín? Quiere una tradición infundada que fuese aquel tío de Doña Catalina, llamado Alonso Quijada de Salazar, quien se opusiera á los amores de ella con Miguel. No es creíble tal aserto. Bastaba el espíritu mezquino de los Palacios para oponerse, si hubo oposición, como lo hace pensar la desconfianza mostrada por Catalina, la madre, respecto de su yerno el soñador Miguel, puesto que dejó pasar dos años del matrimonio de éste sin cumplir la promesa de doté. Y sí parece probable y verosímil, en cambio, que el D. Alonso Quijada fuese, como de la familia de Salazar, un hidalgo dado á la lectura de caballerías, y un tanto alucinado por ellas, quien sirvió de primer boceto ó de dato sugestivo á Miguel para su más grande creación. Es ridículo é imbécil suponer que Miguel no amaba á Don Quijote; y creer que se propuso construir una figura grotesca para burlarse de un pariente que se opusiera á su boda. No es, en cambio, desatinado imaginar que en tal ó cual parte de la figura recordase al bueno é iluso hidalgo Alonso Quijada de Salazar,

pariente suyo, muerto ya cuando se publicó el *Quijote*, y, no movido por ruin afán de sátira personal, sino, al contrario, deseoso de fijar un grato y amable recuerdo.

El triunfo de Miguel en Esquivias no fué sobre Alonso Quijada, sino sobre aquellos cicateruelos de los Palacios, ánimas chicas, que hubieran preferido casar á Doña Catalina con otro hidalgo del mismo Esquivias, de Seseña ó de Borox, con alguno de los Ugenas, que eran grandes amigos de la familia, ó con otro por el orden. Aquel Miguel que á los treinta y siete años no tenía sobre qué caerse muerto ni hallaba otro medio de vivir sino el negro ejercicio de la poesía: aquel Miguel que no había sabido aprovechar sus triunfos de soldado ni salir lucio y rico de la corte, donde tenía amigos: aquel poeta decidior y atropellado, que trataba á diario con representantes, cómicas y gente de mal vivir, y cuya familia, por añadidura, andaba siempre empeñada y viviendo sabe Dios de qué recursos, no era novio conveniente y proporcionado para una doncella tan apañada y tan señora como Doña Catalina.

Pero al discurrir así los Palacios no contaban con la propia doña Catalina: quizás no sabían que la recatada y silenciosa doncella había leído á escondidas el *Amadís*: de seguro no evaluaban el irresistible atractivo de las palabras de Miguel, el encanto indecible de sus relatos de proezas y desgracias, de los peligros y ocasiones en que se había visto: ni tampoco la elocuencia de aquellos ojos alegres, la hermosura de aquella blanca frente soñadora y el marcial y fiero continente del soldado barbirrubio, gallardo y hasta la honrosa gracia de su mano izquierda, muerta.... Como Desdémona á Otelo, como todas las mujeres de este linaje aman á todos los hombres de esta condición, amó doña Catalina á Miguel *porque le vió desgraciado*, por la compasión que infundían en su pecho juvenil las desdichas contadas y el entusiasmo que le produjeron las proezas y bizarrías de su novio.

Vanas fueron la hostilidad y reserva de los Palacios. El 12 de Diciembre de 1584 se desposaron Miguel y doña Catalina en la iglesia de Santa María de Esquivias. Dió la bendición el teniente cura Juan de Palacios, ya anciano. Fueron testigos Rodrigo Me-

jía, Francisco Marcos y Diego Escribano. De las dos familias no asistió, al parecer, nadie. Los Palacios habían transigido por no dar que hablar, pero es casi seguro que los Cervantes no pudieron ó no quisieron asistir á la boda. Pronto hubo, sin embargo, un acuerdo amistoso entre una y otra familia.

Se ha exagerado mucho lo de que Cervantes se casó con una mujer rica. La riqueza de doña Catalina, según se ve en la dote, era menos que mediana y casi de seguro inútil para quien no viviese en el mismo lugar de Esquivias, con los ojos puestos en la cepa y en el gañán, levantándose á media noche para abrir el arcón de la cebada y volviendo á levantarse al pintar el día para dar las migas á los hombres del campo, como de seguro hacía la viuda de Hernando de Salazar. Miguel, por su oficio, había de vivir en la corte y en Esquivias dejaba á su suegra y á su cuñado el clérigo administrador, que le irían muy á la mano en lo de enviarle dinero. No contó, pues, Miguel con lo que las fincas de su mujer produjesen y, llegado á Madrid, volvió á sus representantes y á sus comedias.

Supónese que el matrimonio vivió con la familia de Miguel, siendo éste el verdadero jefe de la casa. El viejo Rodrigo de Cervantes, que siempre fué muy poca cosa, estaba lleno de alifafes y lañas. En la primavera de 1585 se puso muy malo y el 8 de Junio otorgó testamento, *estando echado en la cama*. Asistían como testigos dos buenos padres de la Merced, Fray Antonio de Avila y Fray Alonso de Zurita y un Alonso de Vega, clérigo, lo cual prueba que la familia de Cervantes siguió en grande amistad con los mercenarios y que en aquella casa iban entrando ya más bien gentes de iglesia que caballeros galanes, como en los pasados tiempos. En el testamento nombra Rodrigo albaceas á su mujer doña Leonor y á su consuegra doña Catalina de Palacios, viuda de Hernando de Salazar, lo cual demuestra la armonía que entre ambas familias hubo á esta sazón: é instituye herederos á sus hijos Miguel, Rodrigo, Juan, doña Andrea y doña Magdalena. ¿Qué había sido de este Juan de Cervantes, á quien sólo en la partida de bautismo y en un par de documentos sueltos vemos aparecer? Nada se sabe; se supone que murió poco después.

A los cinco días de testar, murió el pobre cirujano Rodrigo de Cervantes y se le dió sepultura, según sus deseos, en el convento de sus amigos los mercenarios. No debió de ser inconsolable el dolor que su muerte produjo á la familia. Ni la de Rodrigo de Cervantes es, como se ha dicho, una noble y hermosa figura, ni en toda la obra de Miguel se ven como cosa sentida hondamente y personalmente grandes vestigios de amor filial. Rodrigo de Cervantes fué siempre un pobre hombre, cuya escasez espiritual aumentaba y remachaba la sordera. De él no aprendió Miguel gran cosa y no es tan insignificante como parece el hecho de que cuantas veces nombra á los cirujanos, los llame de una manera despreciativa y *hamponesca sacapotras*, reservando en cambio toda su admiración y su respeto para los médicos de facultad. Bien se ve que al hablar de los cirujanos se acordaba de su desdichado padre y al hablar de los médicos le venía á las mientes la bella figura magistral del sabio doctor Gregorio López, que le sacó de la muerte en el hospital de Mesina.

Muerto el padre y aumentados los cargos y responsabilidades de Miguel como cabeza de familia, procuró estrechar sus relaciones con quienes podían auxiliarse en sus proyectos. Para ello, entró en la intimidad y trato del famoso representante y autor de comedias Jerónimo Velázquez, á quien propios talentos y favor de la corte habían levantado al oficio de primer actor y empresario de teatros, desde la ínfima clase de albañil y solador de pisos á que pertenecía. Las ganancias logradas como representante debieron de ser cuantiosas, por cuanto Velázquez hizo abogado á su hijo, el cual, con el orgullo propio de los advenedizos, no dejó nunca de firmarse *el doctor Damián Velázquez*, é hizo brillante carrera, llegando á ser Fiscal de la Inquisición en Cartagena de Indias.

Tenían además Jerónimo Velázquez y su mujer Inés Osorio, una hija llamada Elena, que gozaba la reputación de ser una de las más bellas mujeres de la corte. Siendo casi una niña casó con Cristóbal Calderón, de quien nunca hizo el menor caso: y apenas casada entabló relaciones con un guapo mozo, al que aún no le apuntaba el bigote, pues no contaba sino diecisiete años, pero

que en tan temprana edad daba ya muestras de que llegaría á ser uno de los ingenios mayores de España.

Las relaciones de Elena y de su amante llegaron á ser la comidilla y el escándalo de la corte. Los Velázquez vivían en la calle de Lavapiés, al comienzo de la cuesta, en piso bajo; una reja del piso daba á la calle y estaba tan baja que formaba como un escalón sobre las losas de la acera; era además honda, de modo, que en su hueco muy bien cabía un hombre delgado, cual el que solía allí esconderse, ocultándose á las miradas de los curiosos.

Los favores de Elena Osorio fueron tan grandes y la pasión de los dos amantes tan incendiaria que, con durar varios años, no se extinguían en el pecho del enamorado los fuegos de amor ni los de celos. Un día, hacia 1585, habiendo elogiado Elena á un caballero que justó lindamente en la Plaza Mayor, el amante celosísimo, hecho una furia, olvidó que era caballero y cruzó el rostro de su amiga con una colérica bofetada.

Elena merecía tan loca pasión: era hermosa, morena de rostro, blanca de hombros y pecho, el pelo castaño tirando á rubio, los ojos claros y habladores. Todas las partes y beldades de su cuerpo conocemos y conocía la corte por infinitos romances, silvas y canciones en que Belardo ponderaba los primores de Filis. Particular y detenida historia, que algún día se hará, merecen estos amores. Pronto la murmuración fué tan grande que, aun cuando Jerónimo Velázquez era hombre duro de cutis, su mujer Inés Osorio no lo pudo soportar: maltrató á Elena, arañó su rostro, acardenaló sus carnes, arrancó sus cabellos cruelmente. Por casualidad llegó Miguel y se interpuso entre la enfurecida madre y la enamorada moza. Al entrar en la casa había visto Cervantes al galán rondador que fingió no verle.

A los pocos días, volviendo Miguel á casa de su amigo Velázquez, vió á Elena que, por la reja, daba á su amado una trenza hecha con los cabellos que su madre le arrancó. Como eran tantos los rondadores de Elena, quiso Miguel fijarse en si aquél era el mismo de días pasados. El mismo era. Miguel le vió y le hizo con la mano un breve, amistoso y discreto saludo. El otro volvió

la cara, como quien no quiere bromas ni tratos en ocasión semejante. Miguel calló y entró en la casa. El galán de Elena era el secretario del marqués de las Navas. Belardo (ya lo sabe el mundo entero) era Lope Félix de Vega Carpio.

Lope y Miguel se miraron entonces y no se entendieron... ni entonces ni nunca.